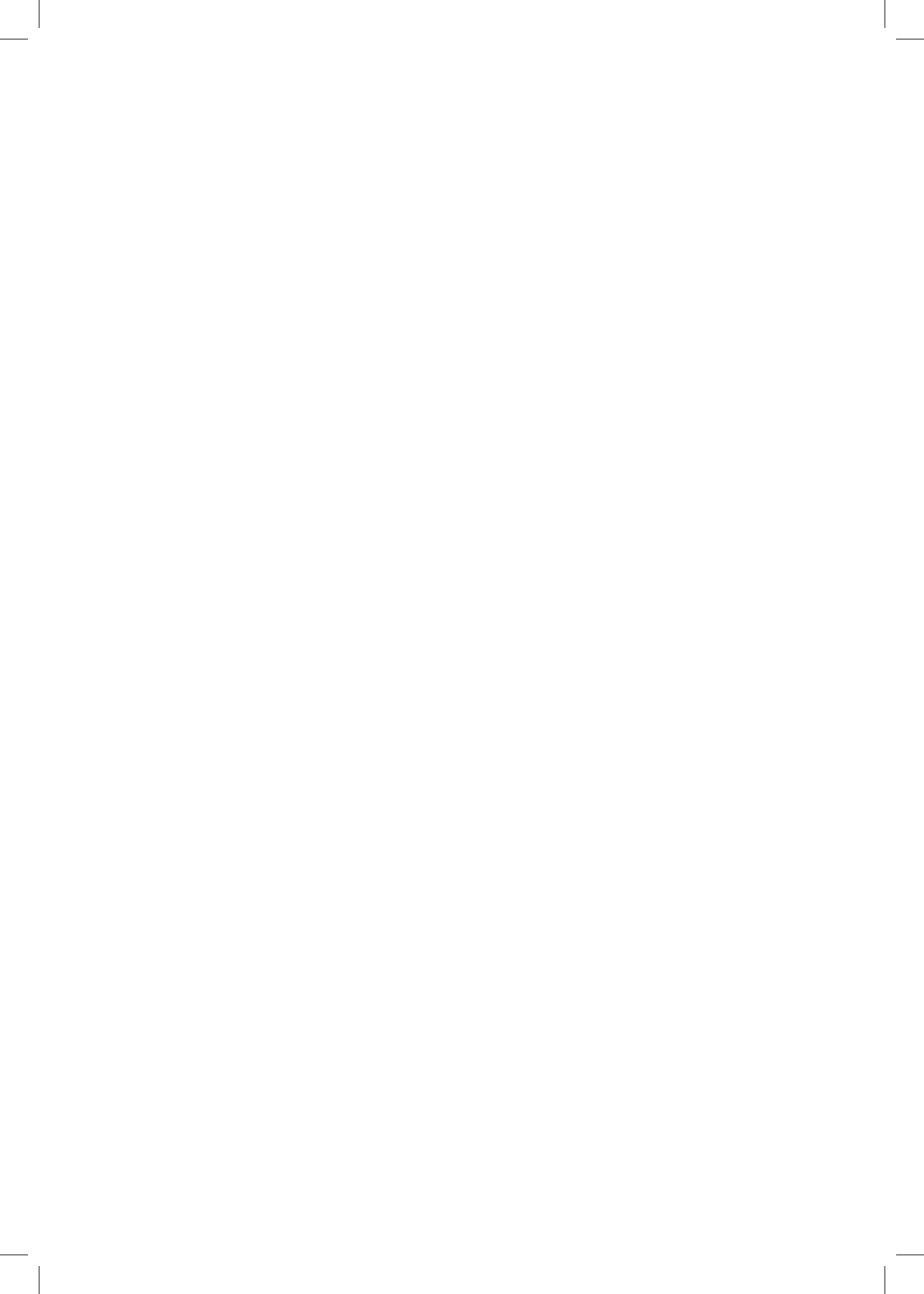
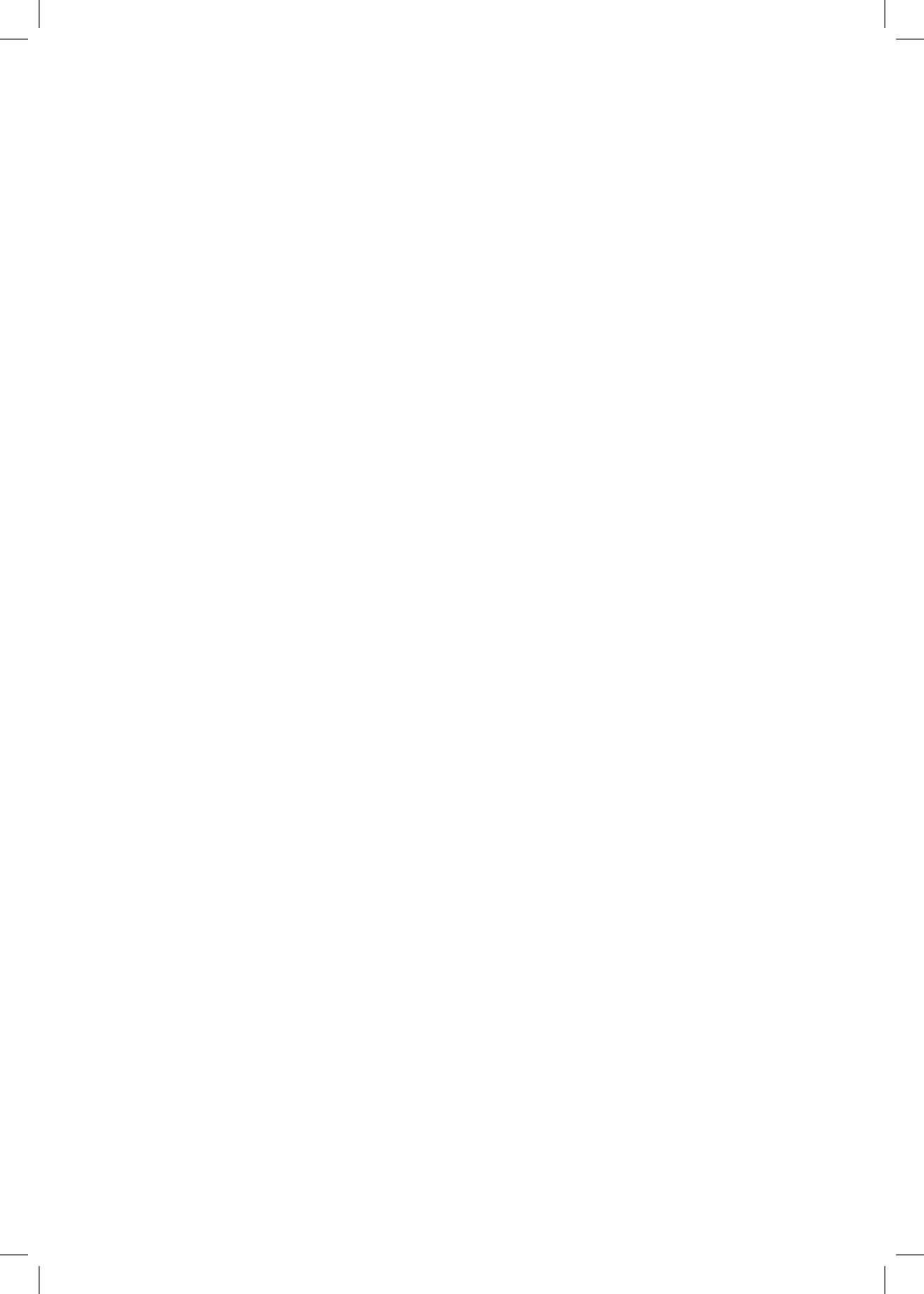




**Para Simona Francisca**



**I PARTE**  
**UNA PERFECTA MENTIRA**



## 0

Pipo Cormorán aún excita la imaginación de esta ciudad. Entre los contertulios del Tulita despertaba un interés similar su vida de bohemio en la París de los braseros, adonde marchó a estudiar Teología a los dieciocho años y de donde regresó veinte años después convertido en un perdido.

Ahora, su resurrección corre por cuenta de unos cuadernos descubiertos en una tula de béisbol. Hallados en la habitación de una casa de putas, donde murió una madrugada de Velitas, resulta imposible ocultarlos a las miradas de la ciudad. Su hallazgo es, sin duda, la provocación más eficaz de un hombre que, pese a tener una columna en la prensa, jamás hizo ostentación de ser un escritor.

Paradójico el destino del Café Bar Tulita. Abrió sus puertas como un modesto café hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Santa Marta, ingenua y festiva, celebraba la inminente reapertura del comercio con Europa, como leo en un editorial de la época. Cálido en las medias mañanas, sereno al empezar las tardes y bullicioso por las noches, el Tulita cerró en plena avalancha de las balas de la marihuana. Ninguno de los profetas de la ciudad anticipó semejante final. Ni nadie, excepto Cormorán, escribió sobre su cierre lánguido, ahogado entre los estruendos de las bandas mafiosas. Fue también él quien ayudó al dueño a echar la llave una tarde, después de que —harto de acumular facturas incobrables de crápulas y señores— vendiera el inmueble a una institución bancaria extranjera y, enfermo de gota, partiera a morir a un pueblo sin historia en las montañas de Boyacá: un departamento que, a esas mismas horas, se despedazaba en una guerra feroz —en público y en privado— por el control de las esmeraldas, unas piedras funestas que, ya talladas, vivían para brillar en los grandes escaparates de Nueva York, Londres, Roma y París.

En sus tres salas de pisos catalanes y arcos de medio punto, bajo un techo de vigas indiferentes, se congregó una bohemia al principio presumida, más tarde serena y, al final, pequeña, pero firme en su defensa del arte de conversar en voz baja. El cierre selló una época: la del ingenio, el auge de la actividad portuaria y el despegue del turismo en El Rodadero, y coincidió con la irrupción de las avionetas fantasmas de la marihuana, a la que siguió una ola avasalladora de camionetas chillonas, capos descamisados y pistoleros fantoches. Una horda que empujó la historia a pico limpio, a plena luz del día y en cualquier calle.

Para los contertulios más viejos, contemporáneos de Cormorán que envejecían con el siglo, el cierre fue un golpe sin retorno. Algunos se inventaron nuevos tuches para no resignarse a mirar crecer a sus nietos desde las terrazas de sus quintas ni a esperar la muerte al lado de sus esposas artríticas. No fue el caso de Cormorán, quien siguió frecuentando cantinas y bares con la misma fidelidad que dispensó al Tulita. Sin otros planes a la vista, llenaba las horas muertas espiando a la ciudad en las esquinas, el paseo marino, el atrio de la catedral y las colmenas del mercado público: lugares fértiles que alimentaron su columna periodística y buena parte de sus invisibles cuadernos.

Sus cuadernos son, por estas horas, motivo de atención tanto para académicos como para profanos. Resultan de gran interés los artículos en los que revisó las transformaciones sucesivas de la ciudad después de que el banano se estableciera en la región. Muy leído y citado es también el texto sobre los efectos del narcotráfico en la arquitectura, el turismo y la vida social a raíz del patatrak de la marihuana en la ardiente década de los setenta. Cito:

El fenómeno sacudió los cimientos de una cultura conservadora supérstite. Agregó calles, ensanchó manzanas, elevó edificios y hoteles sobre la vieja cuadrícula española, pero también abultó la cifra de locos, muertos y arruinados. Las fiestas narco quebraron la costumbre colonial de acostarse a las nueve de la noche... Solo la brisa permanece inalterable en el cielo de la rizada bahía samaria.

El juicio, sin embargo, es incompleto. La marihuana, además de relajar las diferencias de clase y de expandir barrios enteros, permitió a los varones de las familias más rancias engancharse al tren de la cocaína en la década siguiente, en reemplazo del tren muerto del banano. Se trató de un periodo aún más salvaje, que Cormorán apenas alcanzó a entrever, ya postrado por la infección renal que, a partir de 1984, lo obligó a guardar cama y depender de una sonda en la residencia donde moriría dos años más tarde, una madrugada cargada de pólvora y de la música de los picós.

Más valioso resulta, en cambio, su dictamen sobre una ciudad que cambia de calles, de autores y ropajes, para permanecer fiel a sí misma. Escribe:

Admirable la fidelidad que una ciudad llega a guardarse. Han cambiado las calles, los nombres, los señores: listos todos a bailar la tambora que les toquen: la del contrabando, la del banano, la del turismo, la del narcotráfico... Este camelo es su marca de sangre, signo distinguible en el silencio de los políticos, en la pompa exotérica de los juristas, en el lenguaje banal de los historiadores y en el rigor de las tómbolas de beneficencia. A este apego a la puntualidad de las celebraciones, las declaraciones inanes y los cumpleaños infaltables se debe culpar que nada cambie. Ir a misa a la San Francisco al mediodía y a la catedral al caer la tarde sigue siendo la receta mayor de una forma inconmovible, hipócrita, vacía sin remedio, con igual valor identitario al otorgado al salpicón de bonito en las fondas del mercado público.

Cuesta encontrar en Santa Marta un hijo de virtudes comparables a las de Cormorán. Los políticos son réplicas unos de otros. Los abogados repiten el mismo lenguaje de papiros de principios de siglo. Señalar a los historiadores sería inútil. Los poetas, meros traficantes de adjetivos, rimas puntuales y metros tiesos, están irremediablemente cojos de ideas y desnudos de imaginación. Cormorán es, con mucho, la moneda distinta en el relato de la cultura samaria.

A comienzos de siglo, la ciudad, aún celosa del damero español —más amable, aunque igual de intrigante—, encumbró con vidas oficiosas a los hombres del banano. Señores de familias adineradas subieron una tarde a un barco de vapor en busca de experiencia europea. De regreso a la ciudad, prófugos algunos de las inseguridades de la guerra, bastaron el buen vestir y una mediana cultura gastronómica para erigirlos en íconos del progreso. Basta revisar los álbumes familiares para ver cómo la historia salta de las imágenes a la escritura sin grandes alteraciones.

Esa primera generación, dispersa entre Bruselas, Bristol, Barcelona y París, dejó —más allá de un montón de anécdotas graciosas— dos figuras notables: un pianista que, ante la imposibilidad de sostener una escuela y formar una sinfónica en el patio materno, marchó a Bogotá para hacer carrera en la Escuela Nacional de Música; y, en segundo lugar, el germen de un poeta, un muchacho malogrado que escribió versos —según su biógrafo más prudente— con una pluma inglesa cargada de tinta, barro de trinchera y sangre seca, conservada durante muchos años en la vitrina de una antigua casona de altos. El músico regresó alguna vez para recibir la cruz de la ciudad. El poeta no pudo asistir a su propia coronación en el atrio de la catedral porque una bala —aciaga, perdida, azarosa, infausta, furtiva, según la adjetivación de la prensa— lo abatió en una zanja de la Gran Guerra. ¿Algo más? No. Aunque las biografías intenten agrandar sus retratos.

Tampoco la segunda generación de samarios en la Europa de entreguerras fue pródiga en figuras notables. Tiene, eso sí, el mérito de contar en su escaso mosaico con la figura polémica de J. R. Cormorán. Tal vez solo él merezca el campanudo adjetivo de *perínclito*, tan caro a los historiadores de adoquín. Las razones para este incómodo privilegio son simples: los muchos años vividos en París, los artículos y poemas publicados en la capital francesa y las amistades que allí hizo bastarían para avalar tal distinción. Pero pesaron más, en la balanza sigilosa de sus contemporáneos, su desertión de los claustros académicos y su vida de lujos en burdeles y cabarés durante

los felices años veinte. Incluso los historiadores menos adocenados prefirieron traficar con la imagen cómoda del putaño irredento y del alcohólico perdido, aunque leyeran con admiración su columna y varios le debieran la corrección —y el sentido— de sus libros sobre los infaltables Bastidas y Bolívar, o sobre la huelga bananera de 1928, revisitada con más lucidez que fervor.

Cormorán fue algo más que un periodista marginal. Los cuadernos sobreviven a la infamia metódica del tiempo para testimoniarlo. Basta despejar la polvareda e ir más allá de la imagen del putaño y del bebedor para descubrir al hombre de verdadero valor intelectual. Maldito y estigmatizado, taciturno y orgulloso, no cedió al patetismo de renegar de la vida. No vociferó contra nadie ni intentó corregir en público los prejuicios de sus contemporáneos frente a su forma de vivir. Elaboró, en cambio, una obra de apariencia laberíntica, anárquica y multigenérica, eficaz en su propósito de esclarecer el destino de su ciudad. «Una obra renuente a los elogios de prensa, al aplauso de los caballeros de sombrero y a las miradas estrechas de las damas de abanico», como escribió alguien, hace pocas semanas, en una revista universitaria.

Vale la pena regresar a aquella tarde —o tal vez a la mañana— en que Cormorán entró al Café Tulita y tomó posesión de un rincón cercano a la barra, desde donde siguió durante años las tertulias de un incompleto círculo de poetas, historiadores y periodistas. Hombres deseosos de sacudirse el peso de las campanas de la catedral y de romper con la puntualidad de los trenes bananeros, pero incapaces de librarse de los incisivos jurídicos, las rutinas académicas y la milimétrica distribución de la burocracia local, en una Santa Marta donde abogados y políticos seguían siendo los reyes indiscutidos de los pocos puntos de encuentro y diversión.

Cruzado de piernas, con una cerveza a la mano, tranquilo en sus ropas blancas, jamás permitió que alguien distinto al círculo de sus amigos se asomara a su pasado parisino. Evitó también las exigencias de los más jóvenes contertulios del Tulita, ansiosos por conocer detalles de sus amistades en París, de las que apenas reveló algunas

prendas a Carreño Villar y J. J. Lapeira. Quizá supo siempre que su vida estaba destinada a inflamar el tiempo de los hombres, pese a sus esfuerzos por mantenerla lejos de todas las miradas. Tal vez por eso conservó sus cuadernos en un saco de lona a prueba de polillas.

Esos cuadernos documentan más de medio siglo de lidia con las palabras, cuyos cantos enfrentó sin jamás taparse los oídos. Son, además, la principal fuente para considerar la existencia literaria de Cormorán, más allá —o más acá— de su verdadero valor. ¿Qué podría objetar? Nada. Privado de todo derecho, sin lugar a defensa, ya no le es dado impedir que su vida tome el camino inevitable de la escritura.

## I

Las campanas de bronce de la catedral llamaban a la misa de cinco cuando Cormorán entró al Tulita por primera vez. El calor cedía paso a una brisa húmeda que bajaba de los cerros vecinos. Una mano autorizada depositó sobre la mesa dos fotografías en blanco y negro.

Eran fotos tomadas en París. En la primera, él y Georges Bataille posaban, ligeros de ropa, a la entrada de un café del boulevard Saint-Germain. La segunda correspondía a una mesa de la Biblioteca Nacional. Allí aparecía detrás de un hombre de lentes de aro, cabellos revueltos, bigote corto y ojos cansados. Walter Benjamin vestía un saco oscuro, de amplias rayas, algo holgado. Él, en cambio, llevaba una chaqueta abierta y unos pantalones de pinzas comprados en una tienda de segunda mano.

Reconoció las fotografías con una sonrisa compasiva, pero no se detuvo a ofrecer el comentario que esperaban en la mesa, sino que siguió hacia la que, con los años, sería la suya en el Tulita.

Suspiró, fatigado. Bajo los árboles amarillos de la acera se sentía una sofocación de plomo. Treinta y ocho grados a la sombra, calculó un vecino de mesa. «Abril está más caluroso que otros años». Sería un año de lluvias torrenciales, vaticinó alguien más, sin haber sido invitado a la charla. Él aceptó el tema. A las temperaturas sofocantes seguirían amenazas constantes de tormentas que el norte empujaría mar adentro o descargaría sobre los pueblos de la Ciénega Grande y la Zona Bananera. La naturaleza parecía empeñada en conspirar contra las poblaciones zoneras.

En la ciudad llovía poco, admitió otra voz, pero cuando el agua caía había que pedir socorro a los cielos, sobre todo si diluviaba en la Sierra Nevada. Ríos y quebradas rompían sus cauces, los cerros perdían

árboles, las calles quedaban inutilizadas y cientos de personas veían cómo sus ranchos desaparecían.

Ninguna objeción se le ocurrió. Pidió una cerveza.

Desde la mesa lateral llegó una nueva observación:

«Con una semana de lluvias, mi amigo, tenemos para el peor de los inviernos. Yo prefiero el calor. El sol y la brisa me avivan».

Cormorán sonrió, con el oído encendido y la botella de cerveza a tiro. Conversaciones idénticas había escuchado de niño en la casa de sus padres. El agua, el sol, la brisa, el mar: asuntos del clima que solo cedían espacio a los matrimonios tardíos, las quiebras familiares y las enemistades políticas.

Encontró en las calles y cafés de la ciudad el mismo pensar y sentir que creyó haber dejado atrás al marcharse a París. Santa Marta seguía anidada en las glorias de la solemnidad, fiel a las misas de la catedral y aferrada a falsos emblemas.

Los barrios del centro histórico parecían vivir de espaldas a los otros retazos de ciudad que crecían al ritmo que imponía la pobreza. Los invasores eran hombres y mujeres de apellidos comunes, escasos de dinero y sin glamour, pero con ganas de vivir, dispuestos a trepar cerros, adueñarse de las esquinas de las playas y levantar sus casas en las mismas orillas de los ríos. Eran invasiones consentidas, auspiciadas en tanto garantizaban a las viejas familias locales el control electoral del gobierno.

Empinó un nuevo trago de cerveza, tan amarga como la conclusión a la que llegaba sobre la suerte de la ciudad, un tema que empezaba a crecer en él como un demonio inevitable.

«El clima está de infierno», puntualizó uno de los contertulios.

Volvió la cabeza: el hombre solicitaba, con el brazo levantado, otra tanda de cervezas.

¿Qué haría? Ignoraba cuánto tiempo aguantaría.

Quiso ir a España, soñó con volver a Portugal, embarcarse rumbo a Nueva Orleans. Pero un esquinazo de la guerra —la inminente ocupación de París— lo obligó a regresar a Santa Marta, detenido sin documentos, escaso de ropas, hambriento, sin saber adónde ir.

Durante el viaje de regreso pensó quedarse un tiempo en la ciudad. Haría algo de dinero para marcharse a las Antillas: a Cuba. Más tarde seguiría a Nueva Orleans o a Nueva York. Podía vivir de hacer traducciones. En la revista *Bohemia*, en La Habana, trabajaba Lino Novás, escritor a quien había ayudado en París cuando este tradujo para Espasa-Calpe *Los pequeños burgueses*, de Balzac.

¿No pensó en Barranquilla como mejor opción? Sí, lo hizo, pero rehusó tocar la puerta opulenta de los Obregón —sus parientes maternos—, como los había evitado en los malos tiempos de París, cuando la Embajada organizaba recepciones para sus primos industriales de paso por la ciudad. Sabía ganarse la vida. Aún podía andar sin recurrir a los enlaces familiares ni a las consabidas recomendaciones políticas.

Quizá la decisión correcta fuese echar anclas. Si había vivido casi veinte años en Francia, nada le impediría resistir treinta en la ciudad donde nació. No habría nada de extraordinario en quedarse sin un proyecto —en realidad, nunca lo tuvo— más allá del deseo de escribir, aunque las ambiciones de una juventud díscola comenzaban ya a declinar a sus espaldas.

Volvía al Tulita una tarde tras otra, al principio de la fresca. Era un sitio cómodo: bebía dos o tres cervezas sin importunar a nadie antes de levantar el vuelo, cuando la noche asomaba entre los árboles de la acera.

¿Aceptaría escribir artículos? La propuesta se la hizo Lapeira, un joven historiador con solventes contactos en la prensa oficial. Encontró cierto entusiasmo en el resto de los contertulios —unos más viejos que otros—, unidos por el deseo de hacer algo distinto a resolver crucigramas en las mañanas y agotar las noches escuchando las noticias de la guerra.

La guerra concluiría con la creación de nuevas fronteras, eso era seguro. Esas fronteras, a su vez, alimentarían nuevos odios. Y los odios prenderían la mecha de otras guerras. Prefería hacer otros usos de la noche. A veces, si tenía tiempo, escuchaba en un radio de onda media el béisbol de los Estados Unidos, sentado en una banca de la antigua placita de La Trinidad, con una Nevada al alcance de la mano.

Lapeira insistía en que tomara una columna de opinión. ¿La mentira que esperaba? Admiraba el entusiasmo del joven historiador.

—Estoy desentrenado —pretextó, con una cerveza en la mano—. Llevo años sin escribir un artículo. Me demoraré en tomar el ritmo. Las paredes de esta ciudad son demasiado exigentes.

—¿Qué ritmo? —se mofó el joven Marcuso—. Nada pasó aquí durante los veinte años de su ausencia.

La columna tal vez fuese una buena mentira. Venía, iba. Pasaba las mañanas en el bullicio de la estación del ferrocarril, en la soledad de los muelles de carga del puerto y en el laberinto de olores de las colmenas del mercado público.

En una esquina, recostado en una columna, deja que la vida penetre en él a voluntad. La transacción pronto le rinde modestos beneficios. Mantiene estos ejercicios a salvo de las miradas roedoras de Lapeira. Este, acucioso, inteligente y mejor escritor, comparte con él los hallazgos de sus investigaciones en la mesa del Tulita o en el escritorio de su oficina, en la derruida edificación que ocupa la Academia de Historia: un amplio salón con un largo mesón y una estantería interminable de libros y documentos antiguos, siempre a punto de ceder al veneno de las polillas.

«Me necesitan —admite una noche en la mesa del Tulita—, soy una referencia». Piensa en la utilidad de las boyas que señalan el canal de acceso a los muelles del puerto. Los libros cumplen una función semejante: son útiles, y siempre hay un destinatario invisible para quien se escriben sus páginas. Cede el paso en las aceras a un motivo que aún no nace, que debe echar raíces y alzarse antes de que sus ramas entreguen a la brisa hermosas flores amarillas. Sale del bar una vez paga el último servicio.

Contabiliza dos días sin montar a caballo. Le vendría bien una vuelta por el Copelia. El bar estrena chicas. Las vio descender del tren acompañadas por el propietario, Amílkar, un guajiro de sombrero alón negro y dientes de oro, oriundo de Camarones. Tiene fama de buen cocinero y mal bebedor. Peleó en la guerra contra el Perú y, en el bolsillo interno de sus pantalones, guarda una medalla